



ERNESTO RENÁN

Febr. 27, 1823 — Febr. 27, 1923

lo menos evitar una anexión mientras los mismos alsacianos y lorenses no determinasen su propia suerte mediante la manifestación de su voluntad. Proféticamente dijo Renán que Francia no podría tener otro pensamiento que el de recuperar las provincias perdidas, y que con tal objeto apoyaría en el exterior el paneslavismo enemigo de los alemanes, y en el interior atizaría el fuego de los patriotas exaltados; hasta unos años después, en la Academia Francesa se refirió al general del porvenir que traería la victoria a Francia y le devolvería las provincias perdidas. Por otra parte, predicaba a los franceses la superioridad de la escuela alemana respecto a la francesa, la superioridad de la profundidad científica sobre la retórica, la ilimitada libertad de pensamiento respecto al hábito de lo democrático superficial.

Puede dudarse que se obrara con el espíritu de Renán cuando la Francia republicana bautizó un acorazado con su nombre; tenía en su corazón poco para el poder y los potentados; empleó los más bellos colores en la figura de su Jesús y poco bueno consiguió el gran apóstol junto al fundador del cristianismo; Pablo no era para él tanto uno de los fundadores de la religión como el padre de la teología cristiana y, a la vez, el gran conquistador y político. El que representó en Cristo la parte divina de la obra humana pintó en Nerón la parte infernal; para el retrato de Nerón, el anticristo, prodigó Renán todos los colores, no así para la figura de Jesús; allí sabía él dar el color de la luz, el ardor radiante del ideal que domina el mundo, aquí flamea el incendio de Roma, el reflejo de las llamas envueltas en

humo y también el frío juego de colores de la perversidad.

Küchler habló no sin pena sobre las vacilaciones que tenía a veces Renán; pero debe admitirse que lo noble y lo filantrópico sobrepujaban en el gran escritor francés a las impresiones pasajeras que lo acercaban a la multitud y lo alejaban del espíritu del mundo.

Séame permitido, al tratar del libro de Küchler, expresar mis ideas particulares sobre Renán. Pocos meses antes de la declaración de la guerra, en 1914, pasaba yo la Pascua y las semanas siguientes en París. Fácil es de comprender que cuando me llevaban mis pasos a la Academia de Francia, pensaba en uno de los grandes hombres que consagraban en su espíritu no a Francia solo, sino a toda la humanidad. Aunque acostumbrado a buscar a los vivos, no tenía en París bastante tiempo para ellos, porque dedicaba mis visitas principalmente a los muertos. ¡Qué riqueza veía de nombres e ideas! ¡Cuánto ha dado París al mundo! ¡Cuánto debemos todos a sus grandes hombres!

Eran hermosos días de primavera que invitaban a ir a los cementerios. Una noble amiga a quien estoy muy reconocido, tenía la bondad de acompañarme en su automóvil a los inválidos, donde está el primer Napoleón, al Panteón, donde descansan los enciclopedistas y predecesores de la gran Revolución, a las tumbas de Voltaire y Rousseau, de Víctor Hugo y Emilio Zola.

Pero en el Pere Lachaise y Montmartre, me dejaba solo para que pudiera entregarme sin molestia al pensamiento en los grandes muertos. Allí encontraba soberanos y príncipes del espíritu, que veía respetuosamente muy lejos y que al mismo tiempo me permitían tutearlos, así como ellos mismos a distancia aun más respetuosa se habían tuteado en otros tiempos con el espíritu del mundo. Yo hacía mil reverencias a Moliere y Lafontaine, Musset, Béranger y Balzac, Thiers y Michelet, Auber, Cherubini y Chopin, Talma y la Rachel, Beaumarchais y Daudet. Y con ninguno tenía tan antiguas relaciones como con Ernesto Renán, el cual, como mi compatriota Heinrich Heine, descansa en el cementerio de Montmartre.

Otra vez, como tantas en la vida, descubrí la insulsez de muchos alemanes, pues muchos eran los que acudían al sepulcro del poeta de Loreley y dejaban por centenares sus tarjetas. Se amontonaban en su tumba, siendo en su mayor parte alemanes judaicos que evidentemente habían perdonado el bautismo al rebelde hacía mucho tiempo. ¡Cómo se habría expresado su astucia, si hubiera desper-

tado de su sueño para ver esta ofrenda especial!

Yo necesitaba visitar la tumba de Ernesto Renán, a quien el danés Georg Brandes llamó el hombre más sabio de la nueva Francia; está en la bóveda del pintor Ary Schefer; se da para entrar el nombre de Schefer y no el de Renán, aunque, para mí y muchos, el nombre de Renán dice infinitamente más que el otro. Me quedo tímido delante de su tumba y pienso cuánto me ha dado a mí y a tantos a cuyas almas solía llegar desde París, en la segunda mitad del siglo diez y nueve, el sonido de esta campana de oro, bello y maravilloso. Era un llamamiento que no pertenecía a ninguna asamblea, que no ha escrito ningún estenógrafo, que ningún diario ha publicado.

Desde lejos había escuchado yo a menudo la voz del sabio francés, que así como se ponía el frac bordado de palmas de la Academia Francesa, llevaba también la palma de la sabiduría oriental por nuestros países agitados. Ni el ortodoxo piensa hoy apenas en Renán el hereje. ¿Quién no ama a Renán, el artista que arrancó los lirios del paraíso y cubrió también la herejía con la vestidura de oro de la reina de los cielos?

En todas formas lo atraía el sentimiento religioso de la humanidad. La lírica de la religión había hecho vibrar todas las cuerdas de su alma, del alma hermana de la del salmista; había comprendido con igual vigor los tonos arrulladores y seductores del salmista del alto cántico y los cantos místicos y seráficos de San Francisco de Asís, y había acompañado al espíritu del mundo que anhelaba comunicarse a los hombres en una



ENRIQUETA RENÁN